

ANNA JACOBS

LA PROMESA DE UN CONTINENTE OLVIDADO

LA ESPOSA DEL MERCADER



ANNA JACOBS

LA ESPOSA DEL MERCADER

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Abril de 1867

Bram Deagan se encontraba en la popa del *Bonny Mary*, contemplando la espléndida puesta de sol mientras zarpaban de Galle, en Ceilán. Había viajado a Australia con su amigo de la infancia Ronan, y luego habían vuelto a Galle, pero, a partir de ahí, su amigo volvía a Irlanda y Bram se iba a Singapur. Dudaba que volvieran a verse alguna vez.

Le dolía pensar que no podría regresar nunca, que no volvería a ver a su familia. Lo habían echado y, de haberse negado a abandonar el pueblo, su familia habría perdido la vivienda y el trabajo.

A su amigo nunca le había importado que, siendo aristócrata, Bram no fuera más que un mozo de cuadra, y le había asegurado que siempre habría sitio en Australia para un hombre al que se le daban bien los caballos. Pero Bram había preferido irse a Singapur, al norte de Australia Occidental, justo en el ecuador.

Al ritmo que viajaba, seguro que en algún momento hasta encontraría alguna de aquellas tierras legendarias sobre

las que había leído, marcadas en los mapas antiguos como «tierra de dragones».

Tendría que confiar en que su nuevo amigo Dougal, el capitán de su goleta, le enseñara Singapur, porque Dougal ya había comerciado por allí antes.

Bram aún no veía claro su nuevo rumbo en la vida, pero, después de navegar por medio mundo y conocer distintos tipos de personas en el barco, había empezado a pensar en su futuro de otro modo. Con todas las historias que había oído y tras visitar sitios como Alejandría y Suez, se le había encendido una llama dentro, pequeña al principio, pero que ardía más y más alta a medida que prendía.

Cuando, en la serenidad de la noche, se preguntaba si podría ser algo más que un mozo de cuadra, aquel atrevimiento lo aterraba, pero no lo abandonaba, se le colaba en la cabeza una y otra vez. Otros habían hecho fortuna en Australia, ¿por qué no él?

¿Lograría triunfar con su nueva vida? ¿Podría de verdad? Sabía que no era estúpido, pero ¿tenía talento para ganar dinero? Se miró con una sonrisa socarrona. No tenía nada de especial aquel cuerpo de estatura media, más bien flacucho porque, de niño, nunca había comido lo suficiente. La comida le había parecido copiosa en el barco a Australia. Sencilla, quizá, pero, por primera vez en su vida, había engullido todo lo que había podido y más en cada comida.

No era en absoluto un enclenque, porque el duro trabajo físico de los establos le había permitido hacer músculo, pero, si quería ganar dinero, era el cerebro lo que debía usar, y temía no saber lo suficiente. No era bobo: había

aprendido a leer enseguida en la escuela del pueblo y, cuando a los diez años había empezado a trabajar, había seguido formándose como había podido, leyendo cualquier libro que cayera en sus manos. Como a quienes lo contrataban no les agradaba aquello, Bram había aprendido a esconder los volúmenes para que no los viera el encargado de las caballerizas.

Se aprendía mucho de los libros. Se había llevado uno al viaje, de contabilidad, viejo y árido, pero aun así... Si ganaba dinero, iba a tener que aprender a gestionarlo con cuidado. A los idiotas se les despojaba enseguida de su oro, y él no iba a dejar que lo tomaran por idiota. Había otros libros en el barco y muchas horas libres para leerlos o simplemente charlar con otros pasajeros.

Si Dougal estaba en lo cierto, en Singapur, Bram podría comprar género barato que vender con grandes beneficios cuando volviera a la colonia del río Swan. También podía vender el resto del contenido del baúl de la madre de Ronan. La mujer había muerto en el viaje a Australia, y Ronan, apenado, había ordenado que se tirase el baúl por la borda. ¡Menudo desperdicio! Caray, las ropas y abalorios que había en él le proporcionarían a Bram un modesto comienzo. Así que se había pronunciado al respecto, ignorando la desaprobación de su amigo, y se había quedado con el baúl. Había vendido varias cosas en el barco y algunas más en Fremantle, con lo que ya llevaba en el bolsillo unas monedas que hacer tintinear si hubiera sido de los que alardean de su capital, que no era el caso.

«Voy a abrir una tienda», le decía a todo el mundo, aferrándose a la primera idea que se le había pasado por la cabeza. Pero no sabía si le apetecía pasarse el día encerrado

en una tienda. No, no lo tenía nada claro. Lo único que tenía claro era que quería ganar dinero, que ansiaba hacerlo.

De pronto se sorprendió rezando, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer. «Por favor, Señor, ayúdame a triunfar. No voy a ser avaricioso, ni me voy a olvidar de aquellos a los que les cuesta llevarse algo al estómago todos los días. Y voy a cuidar de mi familia, me los voy a traer a Australia si puedo. Por favor, Señor...»

Ese era su gran sueño: regalarles a sus padres una vida mejor y comprarles a sus hermanas ropas bonitas.

Apoyado en la barandilla, contempló abstraído la estela del barco, hasta que Dougal se acercó a él.

—Espero que esta vez no tengamos tan mal tiempo.

Bram hizo una mueca.

—No me entusiasma marearme, lo reconozco.

—Hay gente que se va acostumbrando con el tiempo.

Por desgracia, Bram no tardó en descubrir que no era uno de los afortunados. En cuanto la mar se puso brava, ya estaba vomitando otra vez. ¡Brava! Qué palabra para describir olas como montañas.

—Esta es la última vez que viajo en un condenado barco —decía entre arcadas y vomitonas por la borda o en el cubo de su camarote. Había hecho el mismo juramento al llegar a Australia.

Pero ¿qué alternativa tenía? Necesitaba hacer contactos en Singapur, encontrar personas de confianza, gente que pudiera surtirle periódicamente de mercancía adecuada, cosas que pudiera vender con buenos beneficios.

Mientras se alojaba en casa de Dougal, había encontrado un ejemplar del almanaque de ese año en el que había un listado de artículos que podían encontrarse en Singa-

pur, pero la mayoría no eran adecuados para un pequeño tendero. Repasó la lista de nuevo, procurando ignorar el estómago revuelto.

—Aguardiente, anclas, arroz... —masculló, deslizando el dedo por la página—. Artículos por piezas, a saber lo que será eso..., bastones, brandi, no estaría mal..., café, cera de abeja, clavo, gutapercha, hilo de latón, macis, nuez moscada..., sí, las especias son una buena opción..., porcelana..., ¿qué clase de porcelana?, seda, té, vidrio para ventanas, vino...

¿Qué clase de vino se podría encontrar en Singapur? ¿Los orientales hacían vino? La familia de la mansión compraba el vino en Francia.

No sabía absolutamente nada del mundo, ni siquiera había probado el vino en su vida hasta que Ronan había compartido una botella con él en Londres. El color le había parecido bonito, pero no le había agradado mucho el sabor. ¡Prefería una copa de oporto!

Entonces volvió a agarrar el cubo y se olvidó de todo lo demás.

Plantada detrás del señor Lee, Isabella estudiaba atentamente al funcionario encargado de liberar el cargamento. Hablaba más alto de lo normal, como solían hacer algunos ingleses cuando trataban con extranjeros. ¡Menudo imbécil! ¡Lee ya le había hablado en un inglés clarísimo!

Para alivio suyo, su patrón no tardó en concluir sus negocios, y emprendieron el camino de vuelta a casa, el uno al lado del otro, porque a Lee le gustaba comentar lo que iban viendo y practicar sus habilidades lingüísticas.

Siempre había algo nuevo que ver en Singapur, al menos para ella.

Ese día, Lee estaba más callado de lo habitual y ella no rompió el silencio; iba pensando en lo que quería decirle. Se proponía elegir el momento con cuidado. Últimamente estaba inquieta, no tenía en qué ocuparse, la verdad.

Una vaga ráfaga de aire caliente, demasiado leve para llamarla brisa, le trajo los olores de la calle, algunos buenos, otros lo bastante malos como para hacerle contener la respiración unos pasos. Le recordó la brisa suave que la había acompañado en su memorable trayecto hasta la casa de los Lee, hacía más de dos años.

Al pasar por delante de un expositor de durianes, arrugó la nariz asqueada. Estarían buenísimos, pero aquella fruta verde, bulbosa y enorme olía tan mal que Isabella no había conseguido comerla nunca. Los Lee se reían de ella, pero con cariño. En cuanto había demostrado que era trabajadora, la habían aceptado como un miembro más de la familia y se habían portado muy bien con ella. Hasta le habían dicho que, cuando estuvieran en casa, llamara al señor Lee «Ah Sok», que era algo así como «tío». Y a la madre la llamaba «Ah Yee», que significaba «tía abuela».

Esa noche, Isabella esperó a que terminaran de cenar y dijo:

—¿Podemos hablar de mi futuro, por favor, Lee-Sang?
—Ese día se dirigió a él de manera más formal, usando la palabra china para *señor*. La madre de Lee miró fijamente a Isabella. El señor Lee le dedicó una de sus miradas anodinas, seguida de una leve inclinación de cabeza, como para indicarle que continuara. Estaba nerviosa, pero no podía seguir viviendo así—. He hecho el trabajo que me

encargó cuando nos conocimos. Su inglés es bueno y ya no me necesita. Lo único que hago es escribir alguna carta en inglés y ayudar a Xiu Mei en la tienda de vez en cuando. Cualquier empleado podría escribirle las cartas y tampoco sería difícil encontrar alguien que ayudase en la tienda.

Él se la quedó mirando pensativo, sin revelar sus pensamientos.

Fue su madre la que preguntó con un inglés deslavado:

—¿Tú qué quiere hacer?

—Volver a Inglaterra, Ah Yee, a buscar a mi prima.

—No sabe si prima en Inglaterra.

—Tiene que haber vuelto allí. ¿Adónde iba a ir si no? Dudo que haya muerto, ¡mi guapísima y enérgica Alice!

—Ya habían hablado de aquello varias veces. Isabella miró suplicante al señor Lee, que era prácticamente el amo y señor de aquella casa, y de ella—. Debo averiguar qué ha sido de ella, Lee-Sang, y ¿cómo lo voy a hacer si me quedo aquí? Alice es el único pariente cercano que tengo. Les agradezco todo lo que han hecho por mí, se lo agradezco mucho, pero aquí ya no me necesitan.

—Tienes techo sobre cabeza. No necesitas gastar. Mejor ahorrar más. Aquí a salvo.

Lee no le había hablado con dureza, y eso le dio esperanzas.

—Eso me dice siempre, y le agradezco que me mantenga a salvo, pero tengo que estar ocupada, usar la cabeza.

—No dedicar su tiempo libre a tareas domésticas y de costura sencilla, ni a empaquetar cosas bajo la férrea supervisión de la madre de él.

Lee la miró meditabundo.

—Sí. Tienes buena cabeza. Así que... yo pregunto por Alice. —Seguía sin saber pronunciar la ele, así que dijo «Arris», igual que a ella seguía llamándola «Isaberra»—. Ten paciencia, hermanita.

A veces la llamaba así y ella anhelaba formar parte de verdad de aquella familia.

—Pero...

—No hay beneficio para mí si marchas ahora. No hago negocios con Inglaterra y, si vas allí, no puedo ayudar. Y tienes que estar a salvo.

La conmovió su evidente preocupación. Lee nunca decía nada que no pensara de verdad. ¡Qué suerte había tenido de conocerlo aquel día!

—Pero...

—Yo encuentro algo mejor. Ten paciencia.

Hizo un gesto de tajo con una mano, que significaba que el asunto estaba zanjado, y ella supo que no debía insistir. Era un hombre sincero, cariñoso con su familia y atento con quienes dependían de él, pero también despiadado si se le enojaba, o si alguien intentaba engañarlo o robarle, y un hombre de negocios muy agudo.

Isabella vio que aún la miraba, así que inclinó la cabeza en señal de aquiescencia. Sería preferible marcharse de Singapur con su beneplácito. Además, querría volver a visitarlos algún día si el destino se lo permitía.

Por lo que le había oído hablar con su madre y su hermana, Lee Kar Ho había sido jornalero; había llegado a Singapur hacía años, como tantos otros, porque había más oportunidades para un joven con ambición en una ciudad con solo unos decenios de vida. Al principio había trabajado como culí, pero, al contrario que la mayoría de los

culíes, había invertido el dinero que ganaba en conseguir más. En la actualidad, era rico conforme al estándar de la zona y se enriquecía cada vez más, aunque siguiera viviendo en el edificio de la tienda. Isabella los admiraba mucho, a él y a su familia.

Lee había conseguido aquello en parte con la ayuda de su madre. Bo Jun era una mujer trabajadora e inteligente. Llevaba la casa gastando lo imprescindible y estaba a cargo de los asuntos cotidianos de una tienda pequeña pero exclusiva en la planta baja.

Pero era su hija, Xiu Mei, la que hacía casi todas las ventas últimamente; era a ella a la que le encantaban la seda y otras telas. No solo se le daba bien el trato con los clientes, sino también la selección de tejidos, y había compartido sus habilidades con Isabella.

La tienda era solo uno de los múltiples intereses comerciales de Lee Kar Ho. Isabella lo había ayudado con el papeleo en inglés de otros, de aquellos en los que se gestionaban cargamentos procedentes de barcos europeos o se enviaban mercancías a otros puertos. Lee tenía además otros negocios, pero los detalles de esos se los guardaba para sí.

¿Dónde estaría ella ahora si hubiera formado parte de una familia tan trabajadora como aquella? Le dolía en el alma no tener familia propia, pero ni siquiera cuando sus padres vivían había sabido aprovechar las oportunidades de aquella parte del mundo. Puede que su madre supiera hacer prendas preciosas para damas, pero no hacía nada más, no sabía cocinar ni manejar el dinero. Tras la muerte de su marido, se habría visto perdida si su astuta hija no le hubiera gestionado la vida.

A la señal del señor Lee, la doncella recogió la mesa y, cuando estuvo todo limpio y recogido, las mujeres de la familia se fueron a la cama.

Isabella no tenía claro adónde iba el señor Lee esa noche, pero salía varias veces a la semana después de que hubiera anochecido. Quizá a una reunión de la sociedad secreta a la que pertenecía, como muchos otros de por allí. Tal vez a visitar a su concubina. Isabella se había quedado pasmada cuando Xiu Mei le había contado lo de la concubina, pero tanto su madre como su hermana parecían aceptar aquello como una necesidad lógica en un hombre aún joven y viril.

También iba de vez en cuando a salas de canto, que eran muy populares entre los chinos. En los dos años que Isabella llevaba viviendo con la familia, jamás había salido sola por la noche, y también la madre y la hermana se quedaban tranquilamente en casa.

Mientras desenrollaba la colchoneta, se dijo que ella ya había hecho todo lo posible por cambiar su futuro y solo le quedaba aguardar. El señor Lee le había prometido investigar la desaparición de Alice y él siempre cumplía sus promesas, pero lo haría a su ritmo y emplearía la información en beneficio propio, además de para ayudarla a ella.

Sentía que necesitaba la ayuda del señor Lee porque Renington, cuando se lo encontraba por la calle, aún seguía lanzándole a veces aquella mirada tórrida de boca entreabierta que ella detestaba. El hombre siempre parecía tener mucho dinero y, sin un protector como su patrón, Isabella habría perdido hacía tiempo la batalla por conservar la honra, de eso estaba segura.

¿Volvería a ser libre alguna vez? ¿Existía realmente la

libertad, sobre todo para una mujer sola? Lo ignoraba, pero aún confiaba en llevar una vida mejor, quizá incluso volver a Inglaterra al final. Se arrodilló en la colchoneta para rezar: «Por favor, que Alice siga viva. Por favor, no me dejes sola en el mundo. Por favor, si aún no es demasiado tarde, déjame tener una familia propia algún día».

Aquel último era un deseo desesperado. Isabella tenía treinta y un años, y había superado con creces la edad a la que solían casarse las mujeres. Pero de ilusión también se vive, ¿no? Eso no costaba nada, salvo lágrimas y suspiros.

Inclinado sobre la barandilla del *Bonny Mary*, Bram vio a la tripulación amarrar la goleta en el puerto de Singapur.

—¿Bajas a tierra? —le preguntó Dougal poco después—. Hay que organizarlo todo para comerciar. Primero lo oficial, luego lo extraoficial.

Bram asintió con la cabeza. Lo extraoficial eran los sobornos, por lo que había descubierto. Le fastidiaba tener que pagar para asegurarse favores, pero, según Dougal, era lo normal allí.

Lo que a Bram le apetecía de verdad era pasear tranquilamente por aquellas calles y contemplar ese nuevo mundo asombroso. Hasta el calor húmedo del aire lo había sorprendido, pese a que su amigo ya se lo había avisado.

Los dos hombres caminaron a un paso moderado: Dougal sudando y maldiciendo el calor; Bram guardándose las energías. Hacía días que había dejado de ponerse la camiseta interior de lana merino y llevaba calzoncillos de algodón, en vez de los de lana que se ponía en Irlanda. ¡Qué estupidez seguir llevando ropa de lana en climas cálidos!

Recordó todas las veces en que se había mojado, había tenido frío y añorado el calor. Allí era justo al revés: lo que se echaba de menos era el aire frío y seco, o al menos lo añorabas si sabías de la existencia de algo semejante. ¿Tendrían invierno en aquel sitio? Dougal decía que era todo el año igual: calor, a menudo con tormentas cortas por las tardes.

Recibió un codazo en las costillas.

—¡No te quedes mirando, que es de mala educación!

Así que Bram procuró avanzar sin mirar fijamente, dejando solo que las imágenes se le colaran en el cerebro: rostros orientales por todas partes, distintos tipos de ropa, mujeres con pantalones, hombres ataviados solo con calzones por la rodilla y cargados con bultos que colgaban de ambos extremos de una vara larga. Los niños más pequeños correteaban entre chillidos; los mayores, más serios, hacían recados, quizá, o caminaban respetuosos detrás de algún adulto.

A lo lejos vio a una mujer europea. Destacaba entre la multitud de orientales, no solo por ser más alta que la mayoría, sino también por ser pelirroja. No era guapa, pero llamaba la atención. Paseaba con un chino y hablaban los dos entusiasmados. A Bram le dio pena perderla de vista. Le estaba gustando estudiar su rostro expresivo mientras parloteaba y gesticulaba.

Se habría pasado el día dando vueltas por ahí, llenándose los ojos de aquellas vistas, pero Dougal no quería más que volver al barco, empeñado en que se estaba más fresco en el agua. Lo dudaba mucho, pero, si él se lo creía, seguro que allí estaba más a gusto.

Hechas las visitas de rigor, Dougal se quedó en el bar-

co, esperando a que unos hombres a los que conocía y con los que comerciaba fueran a verlo.

—No comercio con una sola persona. No es aconsejable. Les otorgas demasiado control sobre ti.

Dos días después, Dougal estaba tirado en su litera, con mala cara, sin ganas de hacer nada, porque el día anterior había comido algo que le había sentado mal. Bram se quedó en cubierta un rato, aburrido, y luego decidió ir a la ciudad por su cuenta.

—Llévate a un guía —le insistió su amigo—, que crees que vas a saber volver, pero no. Y acuérdate de que esta noche cenamos en casa de los Wallace. Es pariente mío por parte materna, bastante lejano, pero está bien tener dónde pasar las noches. Desde luego, no pienso volver a ir a un teatro *wayang* otra vez; en mi vida he visto un concierto de maullidos semejante a esa ópera china.

Así que Bram dejó que un miembro de la tripulación negociara los servicios de un guía que hablaba algo de inglés y se dispuso a deambular por las calles. El guía lo llevó por la zona europea, de calles más anchas y villas bonitas a un lado y mansiones en otra parte, y a Bram le costó convencerlo de que no era aquello lo que él quería ver.

Fueron a un sitio cerca de Raffles Place, en la orilla sur del río. Bram se mostró confundido al principio, porque el guía a veces la llamaba Commercial Square, que era como se llamaba antes.

Después Bram consiguió que el hombre entendiera que lo que él quería ver, en realidad, eran los barrios nativos y la zona del sur del río.

Y, cuando su guía y él caminaban por una calle tranquila que salía de una zona de agua repleta de hileras de

pequeñas embarcaciones —sampanes, le pareció que las llamaba el hombre—, Bram volvió a ver a la pelirroja y se detuvo a admirarla.

—¿Sabes quién es? —le preguntó al guía.

—Trabaja para Lee Kar Ho. Enseña inglés. No sé nombre.

Bram se sintió decepcionado. Una mujer europea no trabajaría para un chino. Aunque llevaba poco tiempo allí, Bram ya sabía que eso no se consideraba respetable. Sin embargo, ella no parecía inmoral, menos aún con aquella mirada clara e inteligente.

Llevado por un impulso, la siguió por la calle con la idea de hacerse el contradicho, una bobada, pero era lo que había. Quería conocerla.

Cuando ella pasaba por un hueco estrecho entre dos hileras de casas, dos chinos salieron disparados, la agarraron y se la llevaron a rastras al callejón. Fue todo tan rápido que a ella ni siquiera le dio tiempo a gritar antes de que le taparan la boca con la mano, y, de no haber estado observándola a propósito, él ni se habría dado cuenta.

Echó a correr, seguido por el guía, tropezándose con la gente y sin detenerse a pedir disculpas. Al llegar al final del callejón, vio a los hombres que la arrastraban por él. Ella se resistía como un gato callejero al que Bram había visto una vez, dando zarpazos y arañazos, tratando de zafarse de la mano que le impedía gritar. Al fondo del callejón, había un hombre observando, un europeo que no hacía ademán alguno de ayudar y sonreía como si disfrutase del espectáculo.

—¡Eh! —gritó Bram, acercándose deprisa—. ¡Alto ahí! ¡Soltadla!

El guía le gritaba a su espalda, pero Bram estaba tan decidido a llegar hasta ella antes de que le hicieran daño o se la llevaran que siguió corriendo solo. La rabia le daba fuerzas y velocidad, y le soltó un puñetazo al que tenía más cerca antes de que el tipo pudiera defenderse. Eso permitió a la mujer revolversse contra el que la sujetaba por detrás.

Entraron corriendo en el callejón otros hombres, y el guía gritó que le mandaba refuerzos. El hombre blanco dobló la esquina y se esfumó. Los dos atacantes la soltaron e intentaron huir también, pero Bram aún estaba furioso y no le bastaba con espantarlos. Se proponía averiguar por qué habían hecho aquello, quién era el europeo, porque, si la habían asaltado tan abiertamente una vez, podían volver a hacerlo. Atrapó al hombre al que le había atizado mientras trataba de huir y lo estampó contra la pared con todas sus fuerzas.

De repente, otros le echaron una mano y entre todos lo sujetaron, así que Bram se volvió hacia la mujer. Ella jadeaba, con la ropa desgarrada por arriba. Él se quitó la chaqueta, también algo maltrecha, y se la echó por los hombros.

—Gracias.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No estoy segura.

Ella se acercó al hombre que habían capturado y le dijo algo en chino. El guía gritó algo a Bram, que reculó asustado. Entonces entró en el callejón otro hombre y los curiosos se apartaron. Le habló a la mujer y después miró al hombre y le bramó algo por lo bajo.

El asaltante parecía aterrado.

La mujer se acercó en silencio a Bram.

—¿Qué pasa? —insistió él.

—Se lo llevan a mi patrón, que es un hombre importante. El señor Lee se encargará del asunto.

—¿Y la policía?

—Los de la *tong* se ocupan, dado que es una afrenta a mi patrón. Aquí tenemos nuestro propio orden público. —La mujer vaciló, mirándose la chaqueta que aún llevaba por encima para ocultar la ropa desgarrada—. ¿Le importa prestarme esto hasta que llegue a casa? Va a tener que acompañarme de todas formas. Mi patrón querrá darle las gracias.

—A su servicio, señorita...

—Saunders.

—Me llamo Bram Deagan.

Esperó, pero ella no le facilitó su nombre de pila.

—Es irlandés.

No era una pregunta, pero a Bram tampoco le pareció que lo dijera con desdén. Tanto en Inglaterra como en Australia había descubierto sorprendido que algunas personas despreciaban a los irlandeses solo por serlo.

Ella salió del callejón, despacio, porque debía responder con una cabezada a todos los saludos de las personas con las que se cruzaba.

—No está lejos.

Pero apenas habían dado unos pasos cuando un palanquín se detuvo junto a los dos y el hombre que lo llevaba le hizo una seña a ella. La mujer mantuvo una breve conversación con él y apareció de la nada otro palanquín.

—Súbase, por favor, señor Deagan. Nos aseguraremos de que vuelva sano y salvo después, así que ya no va a necesitar al guía.

Bram le pagó, lo despachó y se subió al palanquín. Le dio pena el tipo escuálido que lo llevaba.

Se detuvieron a la puerta de lo que su guía había llamado una «tienda-vivienda» cuando habían pasado antes por alguna. Aquella era de las grandes. La señorita Saunders lo llevó adentro.

Una hermosa chica china hizo un aspaviento al ver la ropa desgarrada de la mujer y le disparó una pregunta rápida antes de seguir atendiendo a su clienta.

Cruzaron la puerta trasera de la tienda y Bram se encontró de pronto en un pasillo que conducía, después de varias estancias laterales, a lo que parecía una cocina. Un hombre los aguardaba allí y, mientras ella le explicaba en chino lo sucedido, su semblante se ensombreció. Era el mismo hombre con el que Bram la había visto paseando hacía dos días.

—Este es mi patrón, el señor Lee —le dijo ella a Bram—. Lee-Sang, este es el hombre que me ha salvado, el señor Bram Deagan.

Bram inclinó la cabeza porque, por lo visto, eso era lo que hacía la gente allí, y el otro hizo lo mismo, y lo sorprendió hablándole en su idioma.

—Le agradezco inmensamente su ayuda, señor Deagan. Siéntese, por favor.

Se acercó una mujer mayor y Bram esperó para sentarse, mirando inquisitivo a la señorita Saunders.

—Esta es la madre del señor Lee. Debe llamarla por su nombre completo: Lee Bo Jun.

Bram inclinó de nuevo la cabeza y confió en haber pronunciado correctamente las palabras.

—Encantado de conocerla.

La mujer, en cambio, apenas lo miró, porque, cuando a la señorita Saunders se le escurrió la chaqueta de los

hombros, la señora vio lo rota que llevaba la ropa. Haciendo unos aspavientos que no necesitaban explicación, sacó a la mujer joven de allí y subió con ella una escalera de madera.

—Síntese, por favor, señor Deagan. Disculpe nuestra humilde morada. —Bram se sentó, procurando no curiosear con demasiado descaro. A él no le parecía humilde, sino grande y bien amueblada—. ¿Podría contarme, por favor, qué ha pasado? La gente ha venido corriendo a decirme que a Isabella la habían asaltado y que un hombre blanco la había salvado.

Bram se lo explicó. Notó que el señor Lee se enfurecía cada vez más y volvió a preguntarse si la señorita Saunders sería su querida. Pero un hombre no solía tener a su querida en la misma casa que a su madre, y seguro que los chinos no eran distintos en ese sentido.

—Le estoy agradecido, señor Deagan. Muy agradecido. Isabella es ya como de la familia.

—Lo he hecho encantado. Permítame que le diga que habla usted muy bien nuestro idioma.

—La tengo contratada como profesora. —Una mirada de reojo y luego—: Solo como profesora. Es aconsejable entender lo que dicen tus socios comerciales. Hablo varias lenguas.

—Yo nunca he tenido oportunidad de aprender otra cosa que la mía, e incluso esa la hablo con acento irlandés.

—Isabella me ha explicado lo de los irlandeses, los escoceses y los galeses. Cuando vuelvan mi madre e Isabella, esperamos que se tome usted el té con nosotros. Por favor, hónrennos con su presencia.

—Lo haré con mucho gusto para asegurarme de que la

señorita Saunders se encuentra bien. Es una mujer valiente: se ha defendido como una fiera.

El señor Lee sonrió.

—Muy valiente. Trabaja para mí cuando los suyos no le ofrecen nada. ¿Primera vez que viene a Singapur?

—Sí, solo llevo aquí tres días, pero lo encuentro fascinante.

—¿Y el calor? A la mayoría de los europeos no les gusta.

—Prefiero el fresco, lo reconozco, pero Singapur no sería lo mismo sin ese calor, supongo.

—¿Ha venido a hacer negocios?

—Un poco. Estoy empezando, intento aprender todo lo que puedo.

—Aprender está bien.

Siguieron charlando y, cuando oyeron que las mujeres bajaban la escalera, Bram cayó en la cuenta de que le había contado al señor Lee exactamente lo que lo había llevado hasta allí y el poco dinero que tenía para empezar, y eso le sorprendió. No acostumbraba a desvelar tanta información.

Su anfitrión sonrió.

—Creo que irá bien en negocios, señor Deagan.

Luego fue objeto de una avalancha de hospitalidad, y la señorita Saunders iba diciéndole por lo bajo qué hacer para no ofender a nadie. Isabella, se llamaba, al parecer. ¡Qué nombre tan bonito!

Bebieron un té claro muy refrescante en unos cuencos que rellenaban con frecuencia. Eran tan hermosos que no pudo resistir la tentación de pasar la yema del dedo por las flores que adornaban uno de los lados. Después miró de reojo el precioso pelo de Isabella. Estaba cla-

ro que era una dama, se lo notaba en la forma de hablar, y estaba muy por encima de él, pero, aun así, podía admirarla, ¿no?

La señorita Saunders iba vestida entonces con un vestido sencillo. No llevaba aquellas faldas con aros que les gustaban tanto a las ricas damas inglesas. Era de un color discreto, un gris verdoso, y le sentaba fenomenal. El tejido debía de ser seda y a Bram le encantaban los destellos que producía cuando ella se movía.

La mujer mayor presidía la mesa y, de cuando en cuando, le disparaba algún comentario en inglés mientras le rellenaba el cuenquito de té. A veces le costaba entenderla porque hablaba a trompicones y se comía el final de las palabras.

Todo aquello resultaba surrealista. ¿Qué hacía allí? En Irlanda era mozo de cuadra, venía de una familia muy pobre, era un hombre que aún no había dejado huella en el mundo, mientras que el señor Lee tenía alrededor un aura de poder completamente inconfundible. Si alguien se dejaba engañar por su humilde entorno, era idiota.

—¿No ha comido aún, señor Deagan? —preguntó el señor Lee.

—Dentro de un rato.

La anciana dijo algo y la señorita Saunders lo tradujo.

—Ah, Yee pregunta si querría almorzar con nosotros. Es un honor que lo inviten, pero la comida será distinta.

—Acepto encantado, pero tendrá que indicarme cómo comer, porque estoy convencido de que no me voy a apañar solo con esos palillos.

—Hace falta práctica. Le sacaremos una cuchara. —Era una cuchara de cerámica, tan gruesa y ancha que resultaba

incómoda—. Deje que Ah Yee coma primero. Luego tómese un bocado de arroz blanco —le susurró la señorita Saunders—. Fíjese en cómo lo hago yo.

Bram hizo lo que le decía y al menos consiguió meterse comida en la boca sin tirársela por encima.

La comida duró un rato. Varios platos, con dos o tres cosas cada uno, pero poca carne. Le pareció deliciosa. Algunos platos los preparaba una doncella joven, otros los traían cuando, a una señal de la señora, la doncella iba a buscar a alguien a la puerta de servicio. Teniendo en cuenta que esos aún estaban calientes, debían de venir de cerca. Rezó para que la comida no le sentara mal, pero, si eso ocurría, habría merecido la pena.

—Creo que no he comido tan bien en mi vida —dijo por fin.

El señor Lee tradujo aquello para su madre, que cabeceó satisfecha.

Cuando se hubo recogido la mesa, el señor Lee se puso en pie.

—Yo acompaño al barco, señor Deagan.

—No quisiera ser una molestia.

Su anfitrión sonrió.

—No molestia. Bueno para usted que lo vean conmigo. No solo está más seguro, sino que encuentra más fácil hacer negocios.

Bram miró a la señorita Saunders, que le sonrió un segundo y agachó la mirada. Él se despidió de la señora Lee y dijo adiós con la cabeza a la hija al cruzar la tienda. Esa vez había dos clientas allí, ambas con aspecto de mujeres acaudaladas. ¿Por qué la gente se empeñaba en dejar bien claro que no andaba falta de dinero? Se pregun-

tó si él llevaría escrito en la frente que era pobre y pasaba hambre.

Por el camino de vuelta al barco, el señor Lee se tomó la molestia de explicarle algunas cosas que veían y Bram escuchó con atención, haciendo preguntas.

Al llegar, le dijo:

—No es un barco grande y no podemos igualar su hospitalidad, pero es bienvenido a bordo, señor.

—Será gran honor visitarlo en otra ocasión.

Antes de que diera media vuelta, Bram le dijo precipitadamente:

—¿Puedo volver a visitarlo, para ver cómo se encuentra la señorita Saunders?

El señor Lee se lo quedó mirando, con la cabeza ladeada, y luego asintió.

—Mando invitación para té, usted y el capitán también. Además, ayudo con negocios si quiere.

Bram no vaciló.

—Se lo agradecería mucho, muchísimo, de verdad.

Cuando el señor Lee dio media vuelta y se alejó despacio, Bram vio que dos hombres lo seguían y le gritó:

—¡Espere! —Corrió tras él, sin quitarles el ojo de encima—. Lo siguen dos hombres.

El otro sonrió.

—Mis propios hombres. Pero gracias por advertencia. Y siguió su camino.

Dougal ya estaba en cubierta, con mejor aspecto.

—¿Quién era ese?

Así que Bram tuvo que volver a contar la historia entera.

—Debe de ser guapa —dijo Dougal.

—¿A qué te refieres?

—A que, por tu tono de voz y la cara que pones cuando hablas de ella, debe de ser guapa.

Bram titubeó y luego confesó:

—No, guapa no, pero llamativa sí. Atractiva, a veces. E inteligente.

—Extrañas cualidades que admirar en una mujer. A mí me gustan tiernas y guapas, sin pensamientos perturbadores en esas cabecitas.

—Entonces tenemos un gusto muy distinto en cuestión de mujeres.

En cuanto pudo, Bram se retiró a su minúsculo camarote para tumbarse allí a pensar en el encuentro. Su principal conclusión fue que debía volver a verla. «Isabella», dijo en voz baja. Nunca había conocido a una mujer como ella.

¿Acaso era estúpido por pensar en ella como un hombre piensa en una mujer? Ella era una dama y él... aún no era nada. ¿Podía evitar pensar en ella? Sonrió y negó con la cabeza. No, no se la quitaba del pensamiento.

Cuando el señor Deagan se fue, la señora Lee le dedicó a Isabella una mirada extraña.

—Buen hombre. Te salva. Se hace daño —dijo, señalándose el sitio donde el señor Deagan llevaba un cardenal.

Isabella notó que se ruborizaba y se levantó como un resorte; no quería hacer frente todavía a un interrogatorio de una mujer que no dejaría de hacerle preguntas hasta que hubiera averiguado exactamente lo que quería saber.

—Más vale que me cambie de vestido. No entiendo por qué se ha empeñado en que me pusiera el mejor que tengo para estar por casa.